

## EL MENSAJERO.

### Programa de este Periódico. (1)

Nos hemos encargado de la dirección y redacción de este periódico, que sin otra protección que la de sus benévolos suscritores ha vivido entre las azarosas circunstancias que ha atravesado el país, y que continuará luchando por la verdad, confiado en la libertad de la prensa que hasta aquí nos ha garantizado y respetado lealmente el Gobierno del Estado.

Un sentimiento que esperamos se calificará con benevolencia, nos impulsó á emprender esta tarea superior á nuestras fuerzas, al menos si se ha de ejecutar con la elevación de miras, talento y discreción que requiere el periodismo para ser útil y provechoso, y este sentimiento no es otro que el de consagrar algo de nuestro poco fructuoso trabajo y de nuestra débil inteligencia al servicio de la

(1) Este artículo lo publicó su autor cuando adquirió la propiedad y se encargó en 1874 de la redacción de «El Mensajero» periódico fundado en 1874 por D. Manuel Molina Solís y D. José Vidal Castillo, y que duró hasta el 18 de Mayo de 1877 en que se vió precisado el director de éste periódico á dar fin á sus trabajos, con motivo de la persecución que él y otros católicos sufrieron del gobierno provisional de D. Agustín del Río.

un término medio, y es el de condenarlos enérgicamente, protestar y quejarse contra ellos por la prensa, en las conversaciones y por cualesquiera otros medios legítimos; y en esta oposición ejecutada con moderación y respeto, el pueblo se hace más respetable, pues los gobiernos con mayor facilidad triunfan de una revolución, que de la opinión pública que se levanta formidable contra sus arbitrariedades.

Seremos templados y corteses en la discusión, porque comprendemos que el periódico debe ser escuela de respeto y cortesía: esto, sin embargo, no quiere decir que nos prohibamos tratar como es debido y se merecen á los escritores que sin consideración insultan instituciones venerables, que con descaro asientan una proposición falsa como verdadera, que falsifican y adulteran la historia y usan de otros medios reprobados para atacar doctrinas santas y respetadas: tratar dulcemente á semejantes adversarios, no sería moderación, no sería templanza; sería apatía vergonzosa. ¿Quién viendo insultar á su madre, permanece impassible y se conforma con dar suaves razones para disuadir al insultador? Así también, si por ejemplo vemos insultar á la Iglesia, que es nuestra madre en lo intelectual y en lo moral, debemos tratar duramente á quien no sabe guardar las consideraciones debidas de respeto; y esta conducta, es enteramente conforme con la que observó N. S. Jesucristo durante su sagrada vida, pues á la par que acogía dulce y caritativamente á los que á él recurrían con sencillez y humildad, increpaba ásperamente á los doctores de la ley que pretendían engañar al pueblo, y los apellidaba raza de víboras y sepulcros blanqueados.

La independencia y la firmeza serán nuestro norte en las cuestiones que tratemos, pues no creemos que anden peleados con el decoro y la urbanidad, y con esta conducta, esperamos hacernos acreedores á cumplida reciprocidad; pero si nos engañásemos yuviésemos que padecer insultos y vejaciones, confiamos en la Virgen purísima, cuya devoción es un dulce recuerdo de nuestros padres, que nos dará fortaleza para portarnos cual conviene al que quiere ser católico y patriota.

No hay cosa más distante de nuestro pensamiento que criticar sistemáticamente: tal proceder es impropio de hombres que se respetan y respetan la sociedad en que viven; pero tampoco creemos que se deba permanecer en silencio, cuando se ejecutan hechos que agravian la justicia y el derecho, puesto que sería animar su reiteración. Si los hechos buenos se deben publicar para que se imiten, los malos, con mayor razón, para que lleguen á oídos de la suprema autoridad, que á veces con las mejores intenciones deja impunes abusos y desafueros, ó por lo menos para que la opinión pública los execre y abomine.

Pensamos que cualquier gobierno es bueno si acepta las doctrinas purísimas del catolicismo que en su inmensa universalidad abraza las ciencias, las artes, la moral y la política: desearíamos, pues, que ellas fueran la base de nuestras instituciones políticas, ó por lo menos que se dejase á las obras católicas la misma amplia libertad que á las obras revolucionarias. ¿Qué razón hay, por ejemplo, para autorizar sociedades de masones y prohibir monasterios de religiosos, permitir á cualquier hijo de vecino vestirse como le agrade y prohibírsele á los sa-

cerdotes católicos? Esta injusticia de nuestras leyes debe desaparecer, y para conseguirlo deben trabajar con ahinco todos los católicos y todos los que quieran ser consecuentes con sus principios.

El derecho público, la instrucción primaria y secundaria, el comercio y la agricultura, serán también objeto de nuestros artículos.

La condición de los pueblos del Estado, siempre nos ha constrictado: la sentida relación de sus padecimientos nos ha llenado de pesar muchas veces, y es justo que tengan por dónde manifestar sus deseos, y exhalar sus quejas justas; nos complaceremos en defender sus intereses legítimos y en alabar sus progresos físicos, intelectuales y morales.

La alteza de nuestra tarea sobrepuja, como dijimos al principio, á la cortedad y bajeza de nuestra inteligencia; sin embargo nuestra justificación la tenemos en nuestra intención y en nuestro deseo que no es otro que la felicidad de la patria, por medio de la religión y de la libertad. Por otra parte, no dudamos que nos auxiliarán muchos talentos esclarecidos cuya cooperación pedimos y continuaremos pidiendo. En la península se esconden modestamente muchas inteligencias y corazones generosos que desean la prosperidad del país por medio de la libertad en el cristianismo, y aunque tal vez hayan perdido ya la fe en la felicidad futura de la patria, tiempo es todavía de que vuelva la esperanza á su místico corazón y se ocupen en la noble tarea de oponerse á las doctrinas revolucionarias que conculcan las verdades morales, religiosas, sociales y políticas, y extravían y corrompen las inteligencias y corazones con un torrente desolador de inmoralidad.

### El ateismo político.

Como ilusión fantasmagórica y en atropellada multitud han pasado los sucesos ante nuestra vista desde que en 1872 escuchamos en las selvas del Oriente el primer grito de la revolución que se presentaba preñada de calamidades, sin que nadie lo pensara, persuadidos como todos estaban de que sería aplastada, y deseándolo también, porque la paz es el único porvenir de la patria y la única esperanza de poseer gobiernos probos. Como espectadores hemos asistido á este torneo político, chistoso si no fuera sangriento y desmoralizador; á esta horripilante tempestad que casi ha desquiciado esta porción de nuestra república; y entre el estruendo de la pelea, en medio de los desaforados gritos de los combatientes que resonaban desde las playas del Golfo hasta las sierras del Sur, por todas partes oíamos apellidar legalidad. En lo recio del combate, vano hubiera sido empeñarse en descubrir á donde moraba esa legalidad preciada, quiénes eran sus fieles compañeros, cuyos sus adictos defensores; más ahora, mitigada ya la tormenta, gozándose un poco de calma y cuando todos se preguntan si la serenidad presente es signo del orden que renace y de la paz que se establece, ó la pavorosa tranquilidad que precede á los furiosos huracanes, natural es que recogidos silenciosamente y abstraídos de todo sentimiento de partido preguntemos también: ¿Adónde está la legalidad?

¡Ah! triste respuesta oímos murmurar en los labios de cuantos no están esclavizados por la con-

signa de partido: tristísima respuesta se esconde también en los secretos de cuantos tienen ojos para ver y oídos para oír!

Si todos los gobiernos necesitan probidad y buena fe, la república las necesita más que ninguno, como condición esencial: de lo contrario se vuelve burla é irrisión, demagogia y anarquía. Si se dice que el gobernante debe ser designado por la elección libre y espontánea de los gobernados, practíquese la teoría con abnegación, sin determinación tomada de antemano de servirse del voto público como de velo ó máscara para hacer predominar la voluntad de un hombre ó de un partido; si se sostiene que en los congresos deben estar representados los diversos intereses que existen en la sociedad, hágase efectiva y real esa representación y no se convierta el cargo de diputado en moneda electoral para pagar los servicios prestados; si se dice que el gobierno debe ser barato, disminúyanse las contribuciones, por el sencillo medio de disminuir los gastos, cercenando los empleos. La práctica de las teorías y el cumplimiento de las abundosas promesas es la manera de dar prestigio á la República: no ciertamente ese sistema de respeto ó apariencia de respeto á las fórmulas legales aunque en el fondo se las aniquile; sistema pernicioso, maestro de la inmoralidad, escuela de la mentira y camino amplio de las mayores desgracias.

En este nuestro querido suelo falta el respeto á la ley justa y legítima, á la par que sobra indiferencia para dejar pasar los mayores desacatos sin levantar la voz para condenarlos, y he aquí porque tiene explicación el que hubiésemos descendido tan aba-

jo y caído en un abismo de horrores que desgarran el corazón.

¡Qué cruel espectáculo ha presentado Yucatán en estos dos años de hondo sufrimiento! El corazón se parte de dolor repasando los acerbísimos males de que ha sido víctima, las cruentas penas que sin piedad le han martirizado! Nuestros hermanos degollándose fieramente, y corriendo á raudales su sangre generosa; huérfanos y viudas oscurecidos sus ojos con lágrimas, extenuados de hambre, y clamando al cielo por el socorro que no les dan los autores de su orfandad; habitantes pacíficos amenazados en su vida y despojados de su propiedad adquirida con harto trabajo; gentes que abandonan su hogares huyendo de la ferocidad y codicia; pueblos que con la amargura en el corazón sufren el ultraje de ser azotados con varas, pisoteados y vilipendiados; vejaciones, asesinatos, falsedades públicas, inmoralidad, he aquí el retablo doloroso de las tribulaciones que han llovido sobre la patria en estos días de prueba: parece que la ira de Dios ha caído sobre ella y la ha azotado con varas de fierro para humillarla y que confiese sus maldades.

El comercio languideciendo, la industria agotando sus esfuerzos y pereciendo de miseria, las poblaciones del interior consumiéndose de marasmo y abatimiento, los partidos políticos sin olvidar sus recíprocas ofensas y acariciando la idea de aplastarse mutuamente; indiferencia, abandono y postración en las tres cuartas partes de los ciudadanos, y para colmo de desdichas, los bárbaros afilando sus feroces armas y asechando el instante oportuno de emprender una de esas desoladoras correrías con que poco

á poco han ido acabando con la flor de nuestras poblaciones de las fronteras. Si los pueblos fueran como los individuos, diríamos que la agonía de Yucatán ha empezado á sonar. (1)

En presencia de tan profundo malestar y decadencia moral que contrista hasta á los más optimistas que acostumbraban ver las cosas con rosados colores, natural es pretender saber su causa, dado que la inteligencia humana, propensa á la filosofía, no se contenta con la vista de los efectos; mas procura investigar su origen, si nó para ponerles remedio, que no siempre tiene ánimo para ello, al menos por darse cuenta de los sucesos que le atañen.

La fuente de nuestros males la tenemos muy de bulto ante nuestros ojos, y, sin embargo, muchos nó la quieren ver ó hacen que no la ven. Su verdadera raíz es ese ateísmo político que destierra ignominiosamente á Dios del gobierno, le expulsa de nuestras escuelas y que acabará si no se le enfrena por arrojarle también de la familia, pues los males morales son como los físicos, que si no se extirpan á cercén, van acrecentándose y haciendo ilusorios cuantos lenitivos se les aplican. La observación y la historia lo dicen y lo enseñan: el individuo puede proscribir á Dios de su corazón, la familia puede arrojarle de su hogar, los pueblos pueden apartar hasta su nombre de las vías en que caminan; pero el desenlace y término final de su ceguedad es su confusión y su ignominia.

(1) Escribía el autor este artículo bajo la influencia del triste espectáculo de las guerras civiles que en distintas épocas han desgarrado las entrañas del Estado de Yucatán y que por fortuna han pasado para no más volver.

En un libro consagrado por la fe de millares de generaciones, se refiere que una vez los hombres olvidando el terrible y no muy antiguo castigo que habían sufrido sus antepasados, se llenaron de soberbia y resolvieron construir una elevadísima torre que había de quedar como monumento de su orgullo y pujanza, y viendo Dios el mal espíritu que los animaba dijo: «Bajemos y confundámoslos,» y desde aquel momento, aquellos pobrecillos comenzaron á hablar infinidad de lenguas, y todo fué confusión entre ellos. ¡Qué admirable analogía con lo que nos está pasando! Se nos dijo: «Dios no tiene que hacer nada en el gobierno», «La autoridad no emana de Dios,» «El estado no tiene religión,» y por consiguiente echemos á Dios, echemos á la religión de nuestra vida pública, echémosle de nuestras festividades, de nuestras escuelas y colegios; y cuando estas cosas se decían y se hacían, Dios se reía de los planes de los hombres como de travesuras de niños. Los dejó que obrasen y que pasase el tiempo. ¿Y que sucede? Todos lo ven, todos lo saben. La confusión más espantosa: todos gritan y nadie se entiende; todos caminan sin saber á donde y todos ignoran el desenlace de esta complicada trama.

Podrá tener una terminación pacífica y arreglada, podrá establecerse un gobierno bien intencionado: lo creemos, y también lo deseamos; pero si el ateísmo político continúa, nada se habrá adelantado: la horrorosa confusión renacerá más tarde, y así, de recaída en recaída, nos iremos extenuando, y viviremos tal vez, pero como el valetudinario, únicamente ocupado en buscar remedios para su enfermedad, sin

ejecutar ninguna grande obra, sin dejar un noble recuerdo de nuestra raza.

Sobre todo, el ateismo político envilece y desprestigia á la autoridad, degrada los caracteres y mata la moralidad de los hombres públicos. ¿Por qué? me preguntarán. Porque si el poder público no emana de Dios, (1) entónces no tengo obligación de respetarle sino en tanto que tema yo su castigo; entónces con el más leve pretexto podré rebelarme, podré ejecutar lo más ilícito para empinarme al gobierno, seguro de que si tengo buen éxito nadie se acordará de mis malos procedimientos; y se forman como dos sistemas morales: uno para el hombre privado y otro para el hombre público, y se ve el singular espectáculo de que hombres que en su vida privada se cuidan escrupulosamente y se avergonzarían de cometer una sola falsedad, como hombres públicos no temen cometer mil falsedades, si lo necesitan para conseguir su objeto, no obstante que la sociedad se escandaliza, y, lo que es más temible, la juventud aprende este tortuoso camino de la fortuna política; pero no del engrandecimiento de la patria.

Algunos se alucinan diciendo: «subamos al poder por cualquier medio y despues rectificaremos nuestras vias.» Esta es la doctrina maquiavélica, y se engañan tristemente, porque olvidan que sólo pue-

(1) No pretendemos sostener que el poder público emana directamente de Dios, como á veces se achaca torticeramente á los católicos, sino que Dios como Supremo Ser y Regulador de las sociedades es la fuente de toda soberanía, como lo es de toda verdad, de toda ciencia y de toda virtud. Que el poder viene directamente del pueblo, es una verdad; pero los derechos del pueblo ¿de quién emanan sino de Dios?

de ser duradero lo que se funda por medios honrados y probos, y que cuanto se edifique hollando la moral, se podrirá como las hojas caídas de los árboles.

Del ateismo político depende también esa facilidad, esa aparente tranquilidad de conciencia con que se levanta una revolución, en que se sacrifican vidas, se aniquilan haciendas y se saca de quicio á toda una sociedad para arrojarla á rodar por el abismo de lo desconocido; de él depende esa frialdad estoica con que se deja á un pueblo desgarrarse las entrañas, luchar entre sudores de muerte sin calmar tanto tormento con una política fija y determinada que cierre la puerta á las aspiraciones; de él dependen, en fin, todos nuestros males políticos porque el ateísmo es el maquiavelismo que convierte la autoridad sagrada de los gobiernos en fruta apetecible que se codicia para disfrutar sus dulzuras, en lugar de ser paternidad benéfica de alta protección á los intereses legítimos de las corporaciones y de los individuos.

### El Racionalismo.

Diez y ocho siglos hace que el catolicismo esclareció el mundo haciendo renacer la verdad en las inteligencias y la virtud en los corazones de los hombres corrompidos por la superstición pagana; diez y ocho siglos hace que alzando su voz dijo á la sociedad parálitica y próxima á perecer «Levántate y anda» progresa y perfeccionate en la inteligencia y en el corazón; diez y ocho siglos hace que está

educando á la humanidad en la ilustración y en la caridad, y en un trascurso tan dilatado de tiempo sus pigmeos enemigos no han cesado un instante de batir palmas en señal de victoria, han agotado su *espíritu profético* en predecir su próxima ruina, y el catolicismo subsiste invariable y poderoso tomando su inmutabilidad del cielo, y dominando sin aparato de fuerza doscientos millones de inteligencias que dóciles le sujetan su espíritu inteligente y racional. Han derramado en la arena del anfiteatro y en el cadalso de la revolución la sangre de sus hijos; le han arrebatado sus propiedades reduciéndole á la mendicidad; han dispersado á sus virgenes que como blancas azucenas crecían á la sombra de los conventos atizando siempre el fuego sagrado del amor más puro y enseñando al mundo la heroicidad en la pureza y en la humildad; desterrarán á los monjes del patrimonio de sus mayores, y después, al contemplar aquellos amontonados escombros que dan grima al corazón, pensaron que todo estaba terminado, que el catolicismo quedaba para siempre sepultado en el olvido de los hombres. ¡Vana ilusión! Corrió el tiempo, y el árbol al parecer derribado, fecundizada la tierra de sus raíces por el soplo del Omnipotente, renace y produce retoños todavía más vigorosos de verdad y de virtud. ¿Y sus enemigos?..... Unos viven para persuadirse de que su trabajo fué infructuoso, de que han abrigado quimeras en su imaginación de que han azotado al viento, porque es necedad luchar contra Dios; otros, más desgraciados han caído en sus manos, y dado cuenta de la desolación que causaron y de las lágrimas que hicieron derramar; otros, en fin, más felices, recogidos

en el apacible aprisco de la Madre Iglesia, lloran su error y se regocijan de haber desvelado la ceguera de sus ojos.

Aquellos altivos adversarios que se mofaban y en medio de su soberbia osaban compadecerse del porvenir de la obra divina, desaparecieron de la faz de la tierra como las flores de los bosques y como el heno de las praderas, y el catolicismo agobiado de glorias y de triunfos se ostenta lleno de vida con su venerable antigüedad y su juventud lozana que se renueva cada día que pasa, con la savia fecundante que esparce pródicamente sobre las generaciones creyentes. ¿Dónde está el arrianismo, aquella astuta heregía que amenazó dominar sobre toda Europa y que un momento se lisonjeó con la idea de ahogar entre sus brazos la verdad cristiana? Pasó..... no existe..... sus doctrinas desprestigiadas, son mómias arqueológicas que por curiosidad se conservan en las bibliotecas y cuya vista excita sentimientos de lástima y menosprecio. Y el cisma oriental ¿qué es al presente sino un cadáver galvanizado explotado por la política del cesarismo ruso y que de trecho en trecho se estremece como un leproso para recordar al mundo su existencia raquítica? ¿Qué es el protestantismo sino una planta parásita que apenas acierta á sostener su miserable vida amparándose bajo la sombra de los poderes humanos y allegándose á toda mano que le presta ayuda? ¿Qué es, en fin, el volterianismo sino un anciano trasnochado y libertino desacreditado entre sus mismos panaguados y cuyo proceder escarnecen sus mismos discípulos?

Solo el catolicismo vive, solo él no envejece: lo

que era ayer, es hoy y será siempre: la persecución acrecienta su esplendor, la lucha le fortifica, la paz le engrandece, y, como fuerte inexpugnable, ve nacer y morir á sus contradictores.

Entre sus enemigos de este siglo se cuenta el racionalismo, que no se burla como su maestro, sino que, disfrazándose con apariencia de filósofo niega cuanto no puede comprender, pone todo en disputa, corta ó cercena las relaciones sobrenaturales del hombre con su Creador, de la sociedad con su Conservador y Ordenador: quiere bajar del altar á la razón divina para poner en su lugar á la humana; quiere despojar á Nuestro Señor Jesucristo de su divinidad para socavar la base de la religión revelada. Es la rebelión del individuo contra la autoridad, la protesta del orgullo contra la humildad, es, en fin, la revolución del hombre contra el cielo. Desenterrando añejos errores cien veces desmenuzados por la lógica de los doctores cristianos, los viste de moderno ropaje, de literarias galas y bello colorido, y pretende sorprender á los incautos. ¡Vano esfuerzo! El polvo de los siglos que se palpa en su vetusta frente denuncia su origen: sus trazas é invenciones traicionan sus propósitos.

El racionalismo á su vez caerá también en el olvido; otras heregías le sucederán y le mirarán con lástima como lo hace con sus predecesores en el error, pues éste es como la moda caprichosa, que para no fastidiar cambia continuamente: cada siglo es testigo de sus transformaciones; para poder fascinar á la humanidad necesita mudar sus armas, su vestido, su táctica: no pudiendo ofrecer al hombre nada que pueda arrebatarse su espíritu y unirle con él indisoluble-

mente, trueca siempre sus aparejos de la víspera con nuevos deslumbradores oropeles: sólo la verdad católica tiene el claro privilegio de permanecer inmutable y de arrastrar con suave y dulce impulso nuestra inteligencia y nuestro corazón fijando su inconstancia y volubilidad.

¿Y qué quiere el racionalismo? ¿qué pretende? Pretende hacernos retroceder á aquellos tiempos en que los pobres filósofos se devanaban los sesos por averiguar los atributos de Dios y la inmortalidad del alma, á aquellos tiempos en que el mismo Platón con toda la alteza de su razón creyó que Dios tenía figura redonda, á aquellos tiempos en que la grey de Epicuro colocaba toda su felicidad en los sentidos. Pretende apagar la fe, luminar preciosísimo que alumbra nuestro tránsito por la vida en que nos hostigan tantas borrascas, tantos escollos procelosos, tantos enemigos arteros que espían el instante oportuno de robarnos la felicidad prometida. Quiere arrebatarnos la norma que nos impide andar vagando entre las infinitas variaciones y extraños desvaríos de la razón entregada á sus propias fuerzas, la brújula que nos impide extraviarnos en ignotas regiones. Quiere privarnos del consuelo en nuestras angustias, del alivio en nuestras tribulaciones; porque sin la fe, ¿qué esperanza puede alimentar nuestro corazón? y sin la esperanza ¿qué pena podrá curarse?

¡Ah! vosotros los que conserváis la fe en vuestros corazones, regocijáos; porque no llegaréis á sufrir las amargas congojas que aquejan á los espíritus que yacen agobiados bajo el áspero y duro yugo del escepticismo, ó se debaten dolorosamente entre las

ansias y perplejidades de la duda. Cuidad solícitamente vuestro tesoro, y orad á Dios para que os lo guarde.

Cuántos ¡ay! después de haber arrojado lejos de sí la fe, gimen por robarla y desean reposar su fatigado espíritu en la esperanza, y sus deseos son estériles porque su razón soberbia se niega á creer y su corazón árido y mustio se niega á esperar! Vosotros los que generosamente confesáis la pobreza de vuestra razón, sometiéndola humildes á la palabra de Dios, no temáis deslustrar su brillo: vuestra confesión candorosa y humilde acrecentará el vigor de sus lucubraciones y le dará más firmeza en sus conceptos.

### **Expulsión de las Hermanas de la Caridad.**

#### I.

La masonería, autora primordial de todas las medidas que tienen por objeto descatolizar á nuestra querida patria, para después establecer una dictadura atea é impía, se prepara ahora á consumir una nueva iniquidad, hiriendo en lo más vivo el sentimiento cristiano de la nación, poniendo su mano opresora en las cosas que más entrañable y ardientemente queremos.

Después de haberse preparado en las tinieblas, según su costumbre, ha conseguido que se apruebe en el Congreso de la Unión una ley feroz de opresión contra nuestra religión santa, entre cuyos artículos se encuentra el de la expulsión de las Her-

manas de la Caridad del territorio de toda la República.

Los liberales consecuentes, los liberales de buena fe, los liberales que conservan todavía generosidad y sentido común, los que no quieren la libertad sólo para sí, se opusieron con benemérita nobleza y valentía de alma; pero sus ilustres esfuerzos se estrellaron desgraciadamente contra una mayoría terca y obstinada que había recibido su consigna de la sociedad masónica, que no quiso escuchar razones porque se encuentra esclavizada por el yugo de su tiránica impiedad, porque quiere acabar con toda religión y establecer sin obstáculo su omnimoda dominación, aunque fuera hollando nuestras creencias, aunque sea ultrajando la religión del pueblo y burlándose de nuestro dolor y de nuestras lágrimas; porque quiere arrancar por fuerza de nuestros corazones el amor á nuestros sacerdotes y á nuestra iglesia, porque quiere oprimir nuestra conciencia y arrebatarnos cuanto puede conservar el espíritu cristiano.

En estos momentos, armados con la fuerza de las bayonetas lo pueden todo: pueden, si quieren, expulsar á las humildes hijas de S. Vicente, beneméritas de la caridad y de la civilización, pueden arrebatarnos nuestros templos, pueden arrojar del suelo de la patria á nuestros obispos y sacerdotes, pueden por último condenarnos á todos al ostracismo para sólo tener el gusto de entonar el fúnebre canto de su victoria sin oposición y sin obstáculo; pero que no se atrevan á decirnos que eso lo hacen en nombre del pueblo, porque el pueblo sabe bien que al catolicismo debe más beneficios que á todos ellos juntos,